

Los dioses inaccesibles

Miquel Àngel Riera

Destino. Barcelona, 1992. 234 páginas. 2.100 pesetas

CON un retraso que a nadie beneficia —ni al autor ni a los lectores— se traduce ahora la novela que obtuvo el Premio Nacional de Literatura catalana de 1987. Miquel Àngel Riera (Manacor, 1930) comenzó a ser conocido fuera de su ámbito lingüístico a raíz de publicarse, hace poco más de un año, la versión castellana de «Isla Flaubert», obra que llegó hasta nosotros con el sólido aval de cuatro premios importantes. «Los dioses inaccesibles» es anterior, aunque se vea traducida ahora, tal vez al amparo del eco que despertó «Isla Flaubert». Es deseable que sigan viendo la luz otras novelas de este premiadísimo autor, mucho más interesante que bastantes escritores foráneos que aparecen con profusión en los escaparates.

«Los dioses inaccesibles» se organiza sobre el artificio del «manuscrito encontrado», del texto ajeno que alguien halla por casualidad y decide transcribir y publicar; una vía muy transitada, a la que ya Cervantes sacó todo el partido posible, y que no ha dejado de tentar en alguna ocasión a casi todos nuestros narradores, desde Galdós a Cela y a otros más

recientes. En este caso se trata del relato de un párroco rural, enamorado del arte y de la belleza, que evoca en su ancianidad la impresión que produjo en él un adolescente, Alexis, en quien vio durante mucho tiempo la perfecta encarnación de la belleza suprema: «Me sentía vulnerable ante la belleza humana localizada en un cuerpo vivo, tras años y años de tener mi receptividad exclusivamente abierta a otras parcelas de hermosura que no pasaban de ser ocasionalmente un cuadro, un texto latino, un tema musical, quizá un asombroso paisaje» (página 109). El sobresalto que provoca en el sacerdote tal descubrimiento desencadena una serie de turbadoras reflexiones, presididas por valores y sentimientos contrapuestos: el pecado y la estética, los comportamientos impuestos y los impulsos espontáneos, la culpa y la inocencia...

El supuesto relato del sacerdote constituye una prodigiosa narración psicológica en primera persona, lenta, morosamente desarrollada, que revela a un escritor cuyos modelos se retrotraen a la órbita de narradores como Proust, Gide o Bernanos. He aquí una historia en la que podría decirse que «no pasa nada», porque casi todo sucede en la mente del innominado autor del manuscrito, que agranda sus dudas, da relieve a sus cambiantes estados de ánimo y hurga en los más ocultos recovecos de la intimidad gracias a una sintaxis premiosa, carente por completo de diálogos, llena de incisos, repleta de fórmulas correlativas y de incrustaciones de

la más variada naturaleza que retardan la enunciación y proporcionan al relato un tono hondamente reflexivo y analítico. Aunque tal vez los meandros sintácticos son en más de una ocasión excesivos. Un par de enunciados basados en sendas correlaciones de igualdad pueden llenar cumplidamente dos páginas (84 y 85); una serie de aposiciones adheridas al sujeto puede aplazar durante nueve o diez líneas la aparición del verbo (página 41).

Pero la historia del sacerdote que consagra sus esfuerzos a traducir e interpretar a un delicado y desconocido poeta latino y tropieza con la belleza viva de Alexis, no es, en rigor,

la novela. Esta se constituye propiamente cuando, al final del manuscrito el narrador reproduce una carta de Alexis en la que el muchacho rememora la misma historia desde su perspectiva y da así un giro radical a todo lo anterior. La sutil confrontación de dos puntos de vista proporciona a la novela un sentido mucho más complejo de lo que el lector imaginaba. Y aún queda la nota final del compilador, que apunta la sospecha de que la narración contenida en el manuscrito sea pura fantasía y obliga

de este modo al lector a considerar de nuevo su lectura. Este postrer quiebro mediante el cual el transcriptor pone en duda la veracidad de lo transcrito fue una de las innumerables y fecundas invenciones de Cervantes, y constituyó —permítaseme el salto hasta nuestro siglo— el meollo de una de las más intrincadas narraciones de Unamuno: «La novela de Don Sandalio, jugador de ajedrez». Con mayor simplicidad, pero con notable maestría, Riera ha enriquecido la historia primera de «Los dioses inaccesibles» con la aplicación del recurso.

Este y otros hallazgos acreditan que nos hallamos ante una novela excelente, cuya prosa, además —salvado el barroquismo de algunos períodos dilatados hasta la extenuación—, merecía una traducción más correcta, que no atribuyese, por ejemplo, a un personaje la tarea de «declinar» verbos (página 156), cuando lo cierto es que sólo resulta posible conjugarlos; o que no cayese en vulgaridades y vicios de moda, como «hacer mención a» (página 69), «por contra» (página 18), «de cara a la publicación de...» (página 144) o «casos de emergencia» (página 177). También la sintaxis sale malparada en más de una ocasión: «Yo retrocedía en dirección a convertirme en una especie de tallo inmaduro» (página 110); «un mundo sublime al cual [...] no eran dignos de participar» (página 204). Alguna mayor vigilancia merecía, en verdad, la versión de una obra tan pulcra.

